Yo, Guderian

CONVERSACIONES CON EL PADRE DE LA PANZERWAFFE

JOSÉ MANUEL SERRANO ÁLVAREZ

www.hrmediciones.es

SEMBLANZA DE UN LÍDER

Heinz Guderian es, sin duda, uno de los generales alemanes más conocidos de la Segunda Guerra Mundial, y uno de los pocos que aún hoy, mantiene casi intacto su honor y profesionalidad. Esta última cuestión no es un elemento superficial, porque gran parte del generalato alemán sufrió tras la guerra el escarnio público de sus enemigos, las acusaciones de crímenes, el señalamiento de culpabilidad por la derrota, o la mirada fría y acusadora de sus compatriotas. Guderian, en cambio, constituye un raro ejemplo de general derrotado, con altas responsabilidades militares, que tras la guerra salió prácticamente incólume de las acusaciones de sus enemigos (principalmente polacos y soviéticos) y gozó de un merecido respeto por sus antiguos rivales y sus camaradas de combate. Incluso el pueblo alemán supo ver en Guderian un ejemplo de caballerosidad, profesionalismo y honor a los valores que se creían puramente alemanes: lealtad, trabajo abnegado y rigurosidad en su papel durante los difíciles años de la guerra.

Heinz Guderian nació el 17 de junio de 1888 en la ciudad de Kulm (actual Chelmo), situada en la orilla derecha del Vístula. Tanto la ciudad como el territorio circundante pertenecían a Prusia (luego Alemania desde 1871) desde 1815 a 1920, cuando las cláusulas territoriales del Tratado de Versalles (28 de junio de 1919) incorporaron todo el territorio a la nueva Polonia. Por consiguiente, Guderian sufrió en sus propias carnes el desarraigo y la tristeza de ver cómo su tierra natal era desgajada de la Madre Patria (Prusia Oriental) e incorporada a un nuevo estado. Como muchos otros alemanes nacidos en el este, el Tratado de Versalles supuso una auténtica humillación personal y nacional, y sin duda influyó en su posterior destino profesional. De hecho, Kulm había sido la tierra natal de su familia durante generaciones. Su padre (Friedrich) fue el primer miembro de su parentela en

ingresar en el ejército, alcanzando el rango de primer teniente del Batallón de Cazadores de Pomerania Núm. 9. Su abuelo fue hacendado (junker) y se puede afirmar que los Guderian, no siendo técnicamente ricos, poseían una situación económica desahogada.

Su carrera militar comenzó casi por accidente e, indudablemente, influenciada por el aire castrense que se respiraba en casa. En 1891 el padre de Guderian fue trasladado a Colmar, en Alsacia, territorio incorporado al Reich tras la aplastante victoria de Bismarck sobre Napoleón III en 1871. Así pues, Guderian tuvo la experiencia de verse, con el paso del tiempo, desarraigado de su tierra natal, pero asimismo vivió no menos de diez años en otra tierra (Alsacia) a su vez desgajada de Francia y pieza clave para entender los resentimientos mutuos entre Francia y Alemania de comienzos del siglo XX.

Fue en Colmar, por tanto, donde Guderian inició su formación, al tiempo que suspiraba con emular a su padre. En la ciudad alsaciana no existía escuela superior, y sus deseos de convertirse en oficial le empujaban a trasladarse. Su destino final acabó siendo Karlsruhe (Alemania) a donde finalmente pudo trasladarse para ingresar como cadete el 1 de abril de 1901. Dos años más tarde, en 1903, ingresó en la Escuela Superior de Cadetes de Gross Lichterfelde, cerca de Berlín, donde se mudó. Como él mismo relata en sus famosas memorias (*Recuerdos de un soldado*) aquellos años de formación dejaron un imborrable sello de "agradecimiento y veneración". Su educación militar allí fue sencilla, y se basaba en los principios de "bondad y rectitud". Al contrario de lo que comúnmente se cree, en la Escuela de Cadetes le inculcaron el valor de la flexibilidad, el razonamiento argumentativo y el individualismo reflexivo. Lejos de la tradición prusiana de rigidez de pensamiento y obediencia ciega a sus superiores, allá Guderian comprendió el innegable valor de la obediencia como actitud castrense y de principio jerárquico, pero a la vez que la capacidad para optar por soluciones flexibles a problemas estratégicos y operacionales como elemento rector, y solo la obediencia como nivel último ante la falta de soluciones propias argumentadas. Estos principios acabaron siendo su piedra angular como militar durante la Segunda Guerra Mundial.

Graduado en 1907, ingresó en el 10º Batallón de Cazadores de Hannover como candidato a oficial en su nuevo destino en Bitche (Lorena), donde logró el ansiado ascenso a Teniente Segundo en enero de 1908. Hasta 1912 se dedicó al estudio, cultivar unas pocas amistades y coquetear con la que sería su esposa, Margarete Goerne, a quien conoció en 1909 cerca de Goslar,

a donde había sido trasladado su batallón. Pero Guderian no era feliz. Sentía que los estudios y su formación como incipiente oficial le alejaban de sus ambiciones por ser uno de esos militares que podían aportar algo realmente al ejército, y no solamente cumplir órdenes y seguir los manuales al uso. Además, veía como otros ascendían mientras que él se mantenía constreñido. Curioso por la tecnología con aplicaciones militares, se dejó convencer fácilmente pensando que el futuro estaba en realidad en la unión de los valores castrenses y el desarrollo técnico-tecnológico. Su incorporación en octubre de 1912 al Batallón Nº 3 de Telégrafos, en Coblenza, representaba para Guderian una oportunidad de estar más cerca de sus intereses por progresar y escudriñar las posibilidades de la ciencia.

1913 fue un buen año para Heinz. En primer lugar, pudo ver cumplido su sueño de casarse con la adorable Margarete (1 de octubre) justo cuatro días antes de que le seleccionaran para la Escuela de Militar de Berlín. Esto logro había sido posible gracias a su admirable fe en el trabajo diario y su interés por progresar siendo el mejor. Con apenas 24 años no solo había obtenido en Coblenza una formación sólida en inglés y francés (que le acabaría siendo muy útil), sino que además logró ser el primero de su promoción entre casi doscientos candidatos a oficial.

Su llegada a Berlín y su boda le hicieron enormemente feliz. Allí coincidió con inefables futuras figuras del ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial, como Erich von Manstein o Bodewin Keitel, hermano de Wilhelm Keitel, éste último Jefe del OKW durante el conflicto, y fiel lacayo del Führer. Durante esta etapa berlinesa, consta que su interés estaba centrado en el profundo conocimiento de la táctica, por cuyo desarrollo Guderian mostró un inusitado provecho. Adoraba comprender el movimiento rápido y envolvente de los ejércitos prusianos del siglo XVIII, junto con la táctica napoleónica de dividir en cuerpos de ejército sus formaciones para aislar uno a uno a sus enemigos. El absorbente interés de Guderian por la Historia Militar y la Táctica se vieron, bruscamente, interrumpidos en el dramático verano de 1914, cuando Alemania decretó la movilización general el 1 de agosto: la Gran Guerra había comenzado.

Sus experiencias durante la Gran Guerra no merecieron muchas líneas en la que acabaría siendo su autobiografía y obra más conocida (*Recuerdos de un soldado*), de lo que cabría deducirse que no fueron dignas de importancia, al menos para él. Sin embargo, sabemos que las enseñanzas adquiridas fueron vitales para la formación del que sería denominado padre de la Panzerwaffe.

Sus primeros pasos como parte del batallón de telégrafos integrado en la 5ª División de Caballería dentro del I Cuerpo de Caballería, le pusieron al tanto de las dificultades logísticas de la información cablegrafiada, así como de la importancia de la información y la movilidad de las unidades. La batalla del Marne, en la que su unidad estuvo envuelta, le ofreció la oportunidad de comprobar que los tiempos de la caballería habían pasado, y que los factores técnicos asociados a la movilidad eran los únicos capaces de desenmarañar la tupida red de alambradas y fosos en la que diariamente morían miles de hombres de ambos bandos. Trasladado en enero de 1916 a los cuarteles del 5º Ejército en Verdún como oficial de inteligencia, tuvo la certeza, tras seis largos meses de estudio, de que la artillería y las cargas de infantería no eran suficientes ni para la penetración prolongada en el frente ni para el mantenimiento de una línea estable. La entrada del carro de combate en juego, llevada a cabo por los británicos en septiembre del mismo año, y que Guderian no pudo presenciar (actuaron por primera vez en el frente del Somme) supuso la puesta en práctica de una herramienta que, aunque torpe en sus orígenes, terminaría desarrollando los deseos de Guderian en el futuro.

Aunque en mayo de 1917 se le designó Intendente del XXXVIII Cuerpo de la Reserva, tuvo la oportunidad de ponerse a prueba así mismo respecto de las necesidades logísticas de una guerra que, en sus dos últimos años, era cada vez más mecanizada y violenta. Las incesantes batallas de tanques de 1917 y 1918 enseñaron al joven las bondades de la sorpresa en el uso masivo de tanques que, aunque aún usados como apoyo a la infantería, eran ya capaces por su número y masa de romper amplios sectores del frente. En el verano de 1918 frente a Amiens, sector que ocupaba la unidad de Guderian, las tropas alemanas sufrieron el envite masivo de dichas máquinas y el desmoronamiento del frente. El último mes y medio de la guerra lo pasó Guderian como parte de la delegación alemana que en Italia iba a tratar de intermediar el armisticio entre el Imperio Austrohúngaro y los italianos. Allí fue donde, el 11 de noviembre de 1918, tuvo constancia del fin de la guerra y la derrota del Imperio Alemán.

La consternación que sufrió Guderian por el fin de la guerra y la derrota de Alemania es bien visible en la escasez de palabras y comentarios superfluos que escribió años más tarde cuando, tras la nueva derrota en la segunda guerra mundial, redactó sus memorias. Allá en las páginas de *Recuerdos de un soldado* se constata el desasosiego que le tocó vivir después del invierno de

1918. Trasladado al Báltico, fue despedido de su puesto en el Estado Mayor y designado en febrero de 1920 como comandante de su antiguo batallón, en nº 10 Jäger en Goslar. En esos tiempos, la situación de Alemania se había tornado caótica, y Guderian representaba muy bien el resentimiento y tristeza que un militar de carrera profundamente profesional y nacionalista sentía por aquella situación. Lejos de mantenerse incólume por la situación política, vivió y comentó con avidez la anarquía del momento. El golpe de estado derechista de Wolfgang Kapp en marzo de 1920 le hizo escribir sobre la "cobardía del Gobierno" y su pesimismo le llevó a desear la llegada de un "salvador". Su instinto le llevó a no participar de esta intentona golpista, no por falta de ganas o espíritu, sino más bien por ser consciente de la debilidad del mismo y su escasa capacidad de actuación real. Triste y apesadumbrado por la tragedia del Tratado de Versalles, por la pérdida territorial de su hogar natal, por el caos político de Alemania, y por lo incierto de su futuro profesional, se mantuvo al margen a la espera de que un golpe del destino le diese una nueva oportunidad de proyectar las dotes que creía poseer.

Y esta oportunidad llegó de la mano del nuevo Comandante en Jefe del reducido ejército alemán de postguerra (Reichswehr), Hans von Seeckt. Consciente del difícil equilibrio entre los deseos y la realidad, von Seeckt supo aunar los escasos recursos con iniciativas flexibles y audaces capaces de convertir al Reichswehr en un ejército adaptado a los nuevos tiempos, austero en su desarrollo, pero atrevido en cuanto a las ideas tecnológicas y tácticas. Y fue así como en enero de 1922 los distintos requerimientos desde las altas instancias del ejército en demanda de mentes nuevas con experiencia en asuntos de motorización y movilización, llevó a Guderian a su puesto deseado. En efecto, se le requirió para ingresar como oficial de Estado Mayor del general von Tschischwitz, a la sazón jefe del Cuerpo de Inspectores de Tropas Motorizadas y con la ilusión puesta en el empleo de las fuerzas motorizadas. Pero pronto vino una pequeña desilusión. En vez de quedar inmerso en las labores propias de un oficial de Estado Mayor, más directamente relacionadas con el "pensamiento" motorizado, fue destinado a la sección técnica en la que debía trabajar para el desarrollo de las tropas motorizadas, aprendiendo todo lo referente a su uso, despliegue y aspectos técnicos. Guderian quedó asombrado e incluso solicitó la vuelta a su antiguo batallón aduciendo completo desconocimiento de estos aspectos. Sus superiores, sin embargo, insistieron en que sus funciones debían estar vinculadas a la técnica y no al mando o la doctrina: Guderian finalmente aceptó las órdenes y esa fue

su salvación. En efecto, su dedicación a labores técnicas le sustrajo una enorme cantidad de tiempo que lo alejó de la posibilidad de verse implicado en los turbulentos momentos políticos por los que atravesaba Alemania en 1923, y que tuvo como su punto más importante el *Putsch* (golpe de Estado) ocurrido el 9 de noviembre en Munich, protagonizado por un insignificante partido (NSDAP, Partido Nazi) y un oscuro y desconocido austríaco: Adolf Hitler. Igualmente, lo que al principio pudo parecer un trabajo alejado de sus intereses intelectuales, produjo en Guderian una enorme satisfacción al conseguir comprender el nexo de unión que existía entre la técnica y la estrategia móvil que pululaba por su mente. La aceptación de la necesidad de comprender la importancia de los factores técnicos, acabó siendo determinante en la formación de su doctrina operacional con elementos blindados móviles.

Además, dos factores coadyuvaron en el éxito a largo plazo del proyecto de Guderian. Por una parte, la firma del Pacto de Rapallo en 1922 entre la Unión Soviética y Alemania generó la posibilidad real de probar, en su momento, los progresos del arma mecanizada en los inhóspitos campos ucranianos, lejos así de la Comisión de Control que, mantenida tras la firma del Tratado de Versalles de 1919, era la depositaria de la observación de las limitantes cláusulas militares que tanto habían humillado al ejército alemán. Porque bajo la fachada de un acuerdo a la vez político y comercial, Rapallo escondía la posibilidad de que los alemanes ensayaran sus equipos y doctrina alejados de la inquisitorial mirada de los aliados, a cambio, claro está, de cierta transferencia tecnológica a los rusos. Este factor acabaría siendo decisivo a la hora de poner en práctica los modelos de carros de combate, los prototipos, y la nueva forma de lucha móvil acorazada que estaba ya generándose en la mente de Guderian y otros mandos alemanes.

Pero otro factor generó un redoblado ímpetu en Guderian. Los alemanes no habían sido los padres del carro de combate, ni mucho menos. Sus creadores e inspiradores fueron los británicos quienes, en la I Guerra Mundial, asombraron al mundo (y a Alemania) con la introducción, en 1915, de este nuevo tipo de arma. Tras la contienda, los ingleses no bajaron la guardia y algunas mentes audaces, enfrentándose al clamor de los conservadores del ejército (principalmente los defensores de la artillería y la infantería) siguieron estudiando su empleo a un nivel diferente al utilizado durante la Gran Guerra. Al mismo tiempo que Guderian trataba de vislumbrar una poderosa arma mecanizada para la futura Alemania, el oficial británico J. F.

C. Fuller, desarrollaba durante la década de 1920 principios operacionales y tácticos que tenían vínculos obvios con lo que, tal vez, el alemán guardaba en su mente, y que sin duda influyeron decisivamente en la consolidación de lo que Guderian mascullaba lentamente. La atenta lectura de alguno de los escritos del inglés dejó una imborrable huella en Guderian que, de esta forma, tuvo la certeza de que su pensamiento revolucionario no era en absoluto una rareza o una locura pasajera. Fuller, que después de 1918 siguió siendo el principal defensor de la mecanización del ejército británico, fue un prolífico autor y pensador militar, cuyos textos evidenciaron la osadía de que el empleo del arma blindada podía adaptarse a los nuevos tiempos, caracterizados por el empleo masivo del motor de combustión, la tecnología y los recursos industriales. En su obra, *The Foundations of the Science of War* (1926), postuló sus famosos Nueve Principios de la Guerra, cuya sustancia apuntaba a la utilización dinámica de las diferentes armas, tanto a nivel operacional como táctico, y que alumbraban el profesional uso que los alemanes dieron con el tiempo a eso que acabó llamándose, *empleo de armas combinadas*. En las *Instrucciones provisionales para el entrenamiento con tanques y vehículos acorazados*, publicado por el ejército inglés en 1927, y que increíblemente fue de venta pública, estaban ya insertos los elementos esenciales que unían la flexibilidad de movimientos, la rapidez y el empleo conjunto del arma acorazada. Estos textos cayeron en manos de Guderian que, como reconocería más tarde, fueron decisivos en la consolidación de su doctrina.

Sin embargo, durante la década de 1920, y pese a que la idea del tanque estaba presente en varios ejércitos europeos, aún no se había fijado una doctrina estructural comúnmente admitida. Esto explica que cada nación viera el arma acorazada en función de su propia experiencia histórica y del peso específico que tuviese la tradición. Pese a que Alemania llegó tarde el uso del carro de combate, la derrota en la I Guerra Mundial insufló un espíritu dinámico del que adolecían otros Estados Mayores europeos, incluyendo el británico. Esa fue una gran ventaja para Guderian porque pudo defender que la futura Alemania, si quería emprender una guerra con éxito, debía crear una doctrina militar completamente diferente, y sorpresiva, para sus potenciales enemigos.

Pero se encontraba todo aún en modo embrionario. En 1927 Guderian fue trasladado a la Sección de Transporte de la *Truppenamt* (Oficina de Tropas), que constituía a efectos prácticos un solapado Estado Mayor alemán. El jefe

de la *Truppenamt* era Werner von Blomberg, futuro Ministro de Defensa, y cuyo nombramiento coincidió que la llegada de Guderian a la Sección de Transportes. Afortunadamente para él, su jefe von Blomberg no pertenecía a la corriente reaccionaria del ejército alemán, que veía el empleo del arma acorazada como poco menos que una auténtica idiotez. Al año siguiente, en 1928, se creó la sección táctica dentro de la Oficina de Transportes lo que permitió a Guderian poner en práctica el empleo coordinado de los primeros torpes prototipos en campo abierto. Unas primeras pruebas en 1929, con "engendros" blindados que no eran otra cosa que camiones cubiertos con lonas dando la impresión de ser tanques, causó buena impresión a los mandos superiores de Guderian, pese a la hilaridad que provocó semejante espectáculo entre muchos de los incrédulos presentes.

En abril de 1931 el general Oswald Lutz fue nombrado Inspector de la Oficina de Transporte Motorizado, lo que permitió a Guderian contar con un nuevo aliado, al nombrarlo jefe del Tercer Batallón de Transporte Motorizado y trasladándole casi todos los elementos necesarios para conformar una división acorazada. El sueño de Guderian comenzaba a hacerse realidad porque sus intrépidas ideas pasaban por conformar una unidad blindada cohesionada que integrase elementos móviles en varios escalones (tropas, artillería y por supuesto, carros de combate) que pudiesen operar autónomamente del resto de unidades, en especial de la lenta infantería.

Sin embargo, para que las formaciones blindadas pudiesen lograr sus objetivos tácticos, Guderian y su Estado Mayor lucharon incansablemente para lograr la transferencia de información a diversos escalones de la unidad acorazada, lo que suponía introducir la radio como eje esencial desde el que impregnar el carácter móvil a la formación. Un oficial no podía transmitir órdenes a una formación de cientos de elementos móviles sentado en una oficina y con un mapa desplegado. La percepción del terreno, del enemigo, y la coyuntura siempre cambiante de un hipotético escenario de batalla obligaban a que las comunicaciones fuesen rápidas y flexibles, lo que a su vez forzaba a que tanto el comandante divisionario como los escalones inferiores estuviesen en permanente contacto. Fue en este preciso momento cuando la idea de un comandante de blindados al frente de su unidad se convirtió en una obsesión, lo mismo que la necesidad de una comunicación por radio eficiente y permanente.

Lógicamente, el camino no fue de rosas en este aspecto. Conforme los jóvenes oficiales adeptos al pensamiento de Guderian ganaban en entusiasmo,

e incluso cuando muchos de sus superiores mostraban gran recepción a sus pensamientos operativos, los enemigos empezaron a aflorar. La tradicional caballería, especialmente influyente entre la vieja oficialidad prusiana, fue la que más se opuso a este obsesivo oficial, siempre hablando de rapidez, movilidad, radio y mecanización. No resultó fácil para Guderian hacerse un sitio entre tanta oposición, y solo la amable colaboración de algunos de sus inmediatos superiores, y la tácita aceptación de sus principios por parte de Lutz, le permitieron seguir adelante.

Sin embargo, la política acabó siendo su mejor aliado. Entre 1932 y 1933 resultaba obvio el ascenso del partido nazi que, renacido de sus cenizas, se había aprovechado del caos, la desesperación, y el paro que invadían a la sociedad alemana. Solo era cuestión de tiempo que Hitler se hiciera con el poder, y Guderian lo sabía. Aunque se mantuvo alejado de toda implicación política directa, nos consta que mostró una buena aceptación por el programa nacionalista del partido nazi. Pese a que no mostró inclinaciones radicales, Guderian abrazó esta causa desde que el 30 de enero de 1933 el antiguo cabo austríaco fue nombrado Canciller de Alemania. Sin embargo, hay que indicar que este "abrazo" tenía más que ver con el discurso nazi de recuperación de la gloria nacional, la eliminación de las cláusulas del Tratado de Versalles, o la exaltación de los valores militares. El aún teniente coronel nunca mostró inclinaciones antisemitas ni radicales, y en realidad, seguía la senda de muchos otros jóvenes oficiales que solo querían ver al ejército alemán en el lugar que se merecía.

El nombramiento de Blomberg como Ministro de Defensa en 1933 permitió a Guderian contar con el visto bueno de quien era, al menos oficialmente, el responsable máximo del ejército, lo que contribuyó a seguir trabajando junto con Lutz en la conformación de una unidad acorazada plenamente operativa. Sin embargo, pronto percibió que el no rechazo del Ministro de Defensa no suponía un apoyo tácito y explícito a sus ideas. Blomberg estaba demasiado sumergido en la pugna entre diversos sectores del ejército que veían a Hitler como una amenaza para una institución tan tradicional como la castrense, y aquellos que abrazaron con inusitado entusiasmo la causa nazi, generalmente los más jóvenes. La antigua oficialidad de origen prusiana veía a Hitler como la figura perfecta para revitalizar al ejército, pero al mismo tiempo lo observaban con temor a causa de su radicalismo. Esta disputa no ayudaba a Guderian. Necesitaba algo más, un espaldarazo desde lo más alto.

A principios de 1934 tuvo esta oportunidad. Hitler en persona asistió a unas maniobras en Kummersdorf y Guderian tuvo el privilegio de exponerle al canciller sus ideas. Las explicaciones a Hitler de cómo operaría una unidad acorazada, con rapidez y cohesión, por lo visto impresionaron al líder nazi y abrieron la opción para que Guderian contara con el mejor aliado posible. Aunque se ha citado muchas veces este hecho como el origen del nacimiento de la verdadera fuerza panzer del futuro, las pruebas indican que Hitler mostró receptividad a las ideas de Guderian, pero en ningún caso ordenó prioridad a la construcción de una fuerza móvil y acorazada. De hecho, el propio Guderian era consciente de las limitaciones técnicas de sus principios rectores, así como de la imposibilidad de crear una fuerza ofensiva antes que la reconstrucción del ejército. Hasta 1937, como mínimo, no se concretó el plan de reconducir las fuerzas acorazadas nacientes en verdaderos puños ofensivos, entre otras cosas, porque exteriormente Alemania era aún muy débil frente a sus enemigos, en especial, ante Francia.

Sin embargo, este encuentro con Hitler supuso un antes y un después. Ya como coronel desde abril de 1933, y tras la jura de lealtad personal al Führer en agosto de 1934, Guderian vio su estrella renacer de las cenizas. Durante ese verano se concretó la creación de la *Panzertruppe*, verdadero embrión del futuro puño acorazado. Lutz se convirtió en Jefe de la nueva unidad, más técnica que otra cosa, con Guderian como Jefe de Estado Mayor. Para 1935 la *Panzertruppe* ya disponía de sus primeras tres divisiones acorazadas con los modelos ligeros Panzer I como núcleo principal. Naturalmente, Guderian sabía que aquellos carros no disponían ni de la velocidad, potencia de fuego o protección suficientes como para sobrevivir en un verdadero campo de batalla, pero respondían a sus principios de unidad de mando y conjunción con otras fuerzas móviles. De todas formas, lo más importante era que constituían el núcleo de pruebas indispensable para sus ideas, máxime sabiendo que los enemigos de Alemania (principalmente Francia) no estaban caminando hacia los mismos esquemas de doctrina de batalla móvil que él tenía en mente. En octubre de ese mismo año, para su regocijo, Guderian recibió el mando de la 2ª División Panzer creada en Würzburg, y sus servicios fueron recompensados con un ascenso a Mayor General en agosto de 1936. Desde entonces peleó lo indecible para ampliar el esquema operacional de las futuras fuerzas panzer con la introducción de carros más pesados, mejor armados y fuertemente blindados. Consideraba que las fuerzas mecanizadas debían disponer de una conjunción de velocidad,

potencia de fuego y protección para lograr rupturas decisivas, penetración y supervivencia en el campo de batalla. Sin embargo, Guderian era consciente de que el principio rector que determinaría el éxito de operaciones acorazadas era lo concentración de mando y la comunicación entre las diferentes partes de la división acorazada y los mandos superiores. Hasta ese momento estaba logrando crear una poderosa fuerza blindada, pero sin canales de comunicación que la dotaran de capacidad de maniobra rápida gracias a las comunicaciones. La salvación a este dilema vino de un viejo conocido suyo, Eric Fellgiebel, Jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Señalizaciones, y experto en comunicaciones. Fellgiebel diseñó un sencillo pero fiable sistema de comunicaciones por radio en 1935 que sería incorporado a las fuerzas acorazadas dotándolas, de forma automática, de control táctico por parte de los mandos. La integración de la radio a estas unidades móviles suponía para Guderian el punto culminante de su visión de las unidades blindadas, al transformarlas en organismos vivientes independientes capaces de actuar sobre el terreno como un solo cuerpo gracias a las comunicaciones entre las diferentes unidades de la división, y el comandante de la formación. Fruto de estos progresos, fue la publicación en 1936 de su famosa obra *Achtung, Panzer!* que compendiaba gran parte de su doctrina del empleo del arma acorazada. Pronto se convirtió en un *best seller* para el amante de las visiones militares más modernas y dinámicas.

Febrero de 1938 supuso un torbellino militar y personal para Guderian. Los deseos de Hitler de emprender una nueva guerra estaban obstaculizados por la obstinación de la vieja guardia prusiana al mando del ejército o la refractaria actitud de quienes veían a Hitler más como una amenaza que como un salvador. Estaba medianamente claro que el Führer no podría emprender un programa de expansión militar sin unidad y control político-militar, por lo que sencillamente decidió desplazar de su camino a quienes se opusieran. Werner von Blomberg, como Ministro de Defensa, y Werner von Fritsch, como Jefe del Ejército, representaban obstáculos indeseables. Ambos fueron obligados a dimitir acusados falsamente de deshonor al ejército con informes elaborados por la Gestapo. Guderian quedó sorprendido por aquel asunto. Hitler asumió la cartera de Defensa e impuso a Walther von Brauchitsch como Comandante del Ejército con la vaga idea de poderlo controlar. Más importante fue la inmediata reestructuración del organigrama de las Fuerzas Armadas Alemanas. El 4 de febrero de 1938 se creó el OKW (*Oberkommando der Wehrmacht*, Alto Mando de las Fuerzas Armadas), con Wilhelm Keitel

como Jefe, aunque subordinado a Hitler. A efectos prácticos, todas las ramas de las Fuerzas Armadas quedaron supeditadas a los deseos del caudillo lo que le otorgó libertad de acción y decisión sobre sus próximos objetivos políticos y militares.

Aunque el enfado de Guderian fue mayúsculo por el trato vejatorio sufrido por sus colegas dimisionarios, su fulgurante ascenso tuvo relación directa con los cambios estructurales dentro de la Wehrmacht. Ascendido a Teniente General el 1 de febrero de 1938, el mismo día de la reestructuración de la Wehrmacht (4 de febrero de 1938) fue nombrado Comandante del XVI Cuerpo de Ejército, en el que estaban integradas las fuerzas acorazadas. Hitler estaba deseoso de acción y confiaba ciegamente en los postulados móviles de las fuerzas panzer, por lo que Guderian se convirtió en un elemento clave. En noviembre de 1938, un mes después del éxito de Hitler incorporando sin un solo disparo los Sudetes al Gran Reich tras la conferencia de Munich, Guderian recibió el mando de las Tropas Móviles (*Panzertruppen*) y el rango de general: había llegado a la cumbre.

Entre 1938 y 1939 se logró duplicar el número de divisiones panzer, elevándose a seis bajo la atenta supervisión de Guderian. Igualmente, abogó por la creación de unidades más ligeras (motorizadas) capaces de seguir la ruptura de las divisiones blindadas y mantener las posiciones a la espera de la llegada de la infantería. La conjunción de estas divisiones ligeras y la lenta introducción de tipos de panzer más pesados (III y IV) representaban para Guderian el modelo perfecto diseñado en su mente años atrás, a pesar de que estos últimos diseños eran numéricamente exiguos en comparación con el grueso que conformaban las unidades panzer, esencialmente Panzer I y II.

Tras el éxito, también sin oposición ni guerra, incorporando el resto de Checoslovaquia en marzo de 1939, resultaba evidente que la próxima víctima sería Polonia. Las garantías ofrecidas por Gran Bretaña y Francia a los polacos no auguraban una resolución pacífica de esta vieja reivindicación alemana. Guderian trabajó denodadamente para ampliar el número de carros de combate y mejorar la formación y entrenamiento de las unidades, pero necesitaba acción. El 22 de agosto de 1939 recibió el mando del XIX Cuerpo de Ejército con vistas a la próxima campaña de Polonia, aunque paradójicamente solo había una división acorazada bajo su mando (la 3ª División Panzer) y dos divisiones motorizadas.

Cuando comenzó la guerra, el 1 de septiembre de 1939, la formación de Guderian constituía la punta de lanza del Grupo de Ejércitos Norte,

logrando sorprendentes éxitos operacionales. Su desplazamiento a través de Prusia Oriental para caer por la retaguardia polaca se convirtió en un ejemplo del arte de la guerra de maniobra y movilidad, obteniendo por ello la Cruz de Caballero en octubre del mismo año nada más finalizar con éxito la invasión de Polonia.

La preparación de la siguiente campaña contra Francia suponía un reto de proporciones heroicas. Considerado el mejor ejército de Europa, derrotar a la odiada Francia de Versalles no iba a ser tan fácil como contra los polacos. La oposición a los planes de Hitler de atacar en el invierno de 1939 a los franceses estuvo a punto de generar un golpe de Estado por parte de oficiales poco dados a aventuras épicas y temerosos de repetir el fiasco de la I Guerra Mundial. Aunque parece que a Guderian también le sorprendió la agresividad de su Führer, no hay pruebas de que se inclinara por los conspiradores. Antes, al contrario, participó indirectamente en la preparación del plan de ataque, finalmente desarrollado por Manstein. Como padre de las fuerzas acorazadas, Guderian se inclinaba por una acción enérgica y sorpresiva. El empleo del arma acorazada frontalmente contra la Línea Maginot habría supuesto un descalabro seguro, y Guderian era ferviente defensor del Plan de Manstein del ataque por las Ardenas, aunque con una poderosa formación móvil blindada. Finalmente retuvo su XIX Cuerpo para las acciones de combate, logrando su refuerzo con la integración de tres divisiones panzer y el regimiento motorizado *Grossdeutschland*.

La derrota de Francia en tan solo cinco semanas representó para Guderian un momento de éxtasis, porque se había logrado esencialmente gracias a la sorprendente ruptura a través de las Ardenas y el río Mosa, y empleando las unidades acorazadas tal y como él había defendido durante años. Igualmente puso contra la pared a aquellos que todavía no creían en el arma blindada, que no eran pocos. Los franceses utilizaron su poderosa fuerza acorazada, numéricamente hablando, siguiendo la vieja doctrina que defendía el empleo de componentes blindados como apoyo a la infantería, exactamente lo que Guderian había criticado que no había que hacer. La avalancha acorazada sobre Francia, Bélgica y Holanda supuso para Guderian y los defensores de las fuerzas mecanizadas y acorazadas como instrumentos de ruptura y explotación independientes, la constatación de que la tipología de la guerra había cambiado con respecto a tan solo veinte años antes. Ya nadie pondría en duda la eficacia del empleo de los carros de combate. La conclusión victoriosa de la campaña de Francia elevó a Guderian a los altares de la

gloria. Se convirtió en todo un héroe siendo ensalzado por la prensa y la propaganda del III Reich y obteniendo, de forma casi natural, el apoyo de Hitler. En julio de 1940 fue ascendido a Coronel General como premio por su papel en Francia. Sin embargo, su poco alabada sonrisa se tornó en una mueca de asombro y preocupación cuando en noviembre de 1940 se comunicaron los planes que tenía Hitler para atacar Rusia. Habiendo estado en aquel país y conociendo la Historia y el terreno, el proyectado ataque a la Unión Soviética era, como mínimo, una jugada de alto riesgo. En un principio elaboró informes sobre la capacidad rusa y su numerosa fuerza blindada que fueron sistemáticamente rechazados por el Alto Mando como exageraciones. Pero era un profesional y un héroe. Guderian recibió el mando del poderoso Segundo Grupo Acorazado para la futura invasión, que comprendía nada menos que tres cuerpos panzer con un total de cinco divisiones blindadas y tres divisiones motorizadas, además del regimiento motorizado *Grossdeutchsland* y unidades de infantería. Sin embargo, contaba a efectos prácticos con menos tanques bajo su mando que en Francia a causa de la reducción de efectivos por división y la manía de Hitler por los números, que le hizo crear muchas nuevas unidades, pero con composiciones orgánicas inferiores a las de un año atrás.

A pesar de todo, Guderian no se amilanó. Consciente de las dificultades de la operación, la extensión de las comunicaciones y la logística, y al numeroso ejército al que se enfrentaba, se obcecó en inmiscuirse en los planes estratégicos sobre la aparentemente acertada idea de que la base de una hipotética victoria descansaba en la sorpresa, rapidez de movimientos y destrucción del enemigo.

La operación comenzó el 22 de junio de 1941 con un inusitado éxito durante la primera semana, pero también con desagradables sorpresas. Las formaciones de Guderian se toparon muy pronto con un desconocido y poderoso artilugio blindado denominado T-34. Este carro de combate soviético, de tipo medio, había pasado desapercibido para la inteligencia militar germana, y esto tuvo trágicas consecuencias. Aunque se había elevado el número de carros medios tipo Panzer III y IV, el grueso de las formaciones alemanas seguía estando constituido por los tipos ligeros. Frente a un T-34 nada tenían que hacer. A pesar de que Guderian mantuvo la calma y las buenas sensaciones por los éxitos iniciales, la aparición en escena de carros que obedecían a su pensamiento (potencia de fuego, blindaje, velocidad) pero que estaban del lado enemigo, representó un trauma. Afortunadamente para

Guderian, los carros rusos no disponían de radio y eran empleados de forma aislada contra las formaciones alemanas. Esto disminuyó su efectividad y eficacia en combate, gracias a la habilidad de los artilleros alemanes con sus cañones de 88 mm y la destreza de los tanquistas germanos. Pero dibujaba negros nubarrones.

Por si fuera poco, Guderian no era fácil de tratar. Era un comandante enérgico y audaz, que gustaba estar en primera línea y tomar sus propias decisiones. Desobedeció varias veces e insistentemente a sus superiores e incluso a Hitler, porque abogaba por marchar en profundidad aprovechando la rapidez y cohesión de sus unidades blindadas. El general Kluge, su superior inmediato, simplemente no lo soportaba. Frenado varias veces en su progresión, unas veces por insistencia de sus superiores, otras por problemas logísticos, logró, sin embargo, espectaculares éxitos en conjunción con otras fuerzas blindadas alemanas. Los cercos de Smolensko o Minsk, en donde centenares de miles de rusos cayeron prisioneros, supusieron un éxito tanto personal como doctrinal para el propio Guderian.

En agosto se produjo una sorprendente (o tal vez no) decisión. Hitler cambió el eje principal del ataque en dirección a Moscú por un dramático giro en dirección sur para conquistar Kiev y Ucrania. Guderian mostró una posición ambivalente y que históricamente ha generado no poca controversia, pero finalmente (y en fuerte oposición a Franz Halder, Jefe del Estado Mayor del Ejército) acometió la empresa con indudable éxito. El posterior avance contra la capital rusa en el otoño se topó con la obstinada resistencia soviética y el gélido y famoso invierno que acabó frenando a la Wehrmacht y a Guderian a las puertas de Moscú. La contraofensiva soviética de diciembre hizo temblar los cimientos del ejército alemán, y la confianza del Führer en Guderian. Envuelto en disputas permanentes con casi todos sus superiores, trató de mostrar las deplorables condiciones de sus hombres, y la necesidad de una retirada ordenada. Hitler, que había ordenado la defensa de cada posición hasta el último hombre, no acabó convencido de las innegables pruebas que Guderian le ofrecía. Aquel diciembre, la estrella del General de Tropas panzer se apagó, siendo relevado del mando y enviado a un cómodo retiro en Alemania.

En febrero de 1943, justo después del desastre de Stalingrado, Guderian fue requerido de nuevo por el Führer, aunque esta vez no para un mando operativo en el ejército, sino para que ocupara el cargo de Inspector de Tropas Acorazadas. La idea de Hitler era aprovechar los conocimientos técnicos

y tácticos de Guderian para reforzar el arma acorazada ante la avalancha rusa de blindados cada vez más poderosos. Fruto de este nuevo cargo y responsabilidad fue la puesta en escena de los formidables Tiger I y Panzer V Panther, aunque entraron en servicio tal vez tardíamente y nunca en las cantidades suficientes.

Las derrotas de Kursk en julio de 1943 y el derrumbe del Grupo de Ejércitos Centro en junio de 1944, junto con el exitoso desembarco de Normadía del mismo mes, precipitaron la conspiración para acabar con la guerra mediante un atentado contra Hitler. La famosa Operación Walkiria (20 de julio de 1944) no acabó con la vida del caudillo y sumió a la Wehrmacht en una auténtica caza de brujas contra los generales y oficiales implicados directa o indirectamente en el fallido atentado. Guderian, que en privado parece que estaba claramente en contra de la continuación de una guerra ya perdida, no acabó manchado ni acusado de complicidad. Antes, al contrario, tras el intento de golpe de Estado fue nombrado Jefe de Estado Mayor del Ejército, cargo desde el que no tuvo la menor influencia en las decisiones de Hitler sobre asuntos militares en los meses previos al final de la guerra. De hecho, su oposición a la persistente idea de Hitler de resistir hasta el último hombre, y que incluía draconianas órdenes de destrucción de fábricas e instalaciones industriales, generó un enfrentamiento con Hitler que acabó con la deposición de Guderian como Jefe del Ejército en marzo de 1945.

Ensimismado en sus pensamientos y hundido por una nueva derrota de su amada Alemania, Guderian fue hecho prisionero por los norteamericanos en el Tirol el 10 de mayo de 1945. Durante su cautiverio, que se prolongó hasta su liberación el 17 de junio de 1948 sin recibir acusación alguna por crímenes de guerra, desarrolló una amplia labor ante sus captores. Fue interrogado o entrevistado en múltiples ocasiones con la idea de conocer cómo un solo país había estado cerca de ganar una guerra mundial, y con el objetivo último de los aliados de interpretar, desde dentro, las enseñanzas doctrinales de Alemania sobre la guerra mecanizada de cara a una posible nueva contienda contra el antiguo aliado, la Unión Soviética.

Heinz Guderian, el antiguo señor de la guerra blindada, murió plácidamente en Schwangau (Baviera) el 14 de mayo de 1954.

Reunión germano-soviética durante la invasión de Polonia (bundesarchiv bajo licencia CC BY-SA 3.0de).